

LECTIO DIVINA
XXXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO
Próximo jueves es día de Acción de Gracias

(24 de noviembre 2024)

Dn 7,13-14 Sal 92 Apoc 1,5-8 Jn 18,33-37

TEMA

En el 34º Domingo del Tiempo Ordinario celebramos la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey y Señor del Universo. La Palabra de Dios nos invita a tomar conciencia de la realeza de Jesús; deja claro, sin embargo, que esta realeza no puede entenderse a la manera de los reyes de este mundo: es una realeza que se materializa según la lógica de Dios. El Evangelio, especialmente, explica la lógica del reinado de Jesús.

La primera lectura anuncia que Dios intervendrá en el mundo para eliminar la crueldad, la ambición, la violencia, la opresión que marcan la historia de los reinos humanos. A través de un “hijo del hombre” que aparecerá “sobre las nubes”, Dios devolverá la historia a su dimensión de “humanidad”, permitiendo a los hombres ser libres y vivir en paz y tranquilidad. Los cristianos verán en este “hijo del hombre” victorioso un anuncio de la realeza de Jesús.

En la segunda lectura, el autor del Apocalipsis presenta a Jesús como el Señor del Tiempo y de la Historia, principio y fin de todas las cosas, el “príncipe de los reyes de la tierra”, el que vendrá “a través de las nubes” lleno de poder, gloria y majestad para establecer un reino definitivo de felicidad, vida y paz. Es precisamente la interpretación cristiana de esta figura de “hijo de hombre” mencionada en la primera lectura.

El Evangelio nos presenta, en un cuadro dramático, de Jesús asumiendo su condición de rey frente a Poncio Pilato. La escena revela, sin embargo, que la realeza reclamada por Jesús no se basa en esquemas de ambición, poder, autoridad, violencia, como ocurre con los reyes de la tierra. La misión “real” de Jesús es “dar testimonio de la verdad”; y se concreta en el amor, el servicio, el perdón, el compartir, el don de la vida.

Daniel 7,13-14

Yo, Daniel, tuve una visión nocturna:

Vi a alguien semejante a un hijo de hombre, que venía entre las nubes del cielo.

Avanzó hacia el anciano de muchos siglos y fue introducido a su presencia.

Entonces recibió la soberanía, la gloria y el reino.

Y todos los pueblos y naciones de todas las lenguas lo servían.

Su poder nunca se acabará, porque es un poder eterno, y su reino jamás será destruido.

Palabra de Dios

AMBIENTE

Ya vimos, el domingo anterior, que el Libro de Daniel aparece en la primera mitad del siglo II a.C., en una época en la que el rey seléucida Antíoco IV Epífanes buscaba imponer, por la fuerza, la cultura griega al Pueblo de Dios. Sin embargo, las imposiciones de Antíoco IV Epífanes no fueron bien recibidas y se encontraron con una tenaz resistencia, especialmente de los sectores más tradicionales del judaísmo. Algunos judíos optaron abiertamente por la insurrección armada (como fue el caso de Judas Macabeo y sus heroicos seguidores); otros, sin embargo, optaron por enfrentarse a la arrogancia de los reyes helénicos con su palabra y sus escritos.

El Libro de Daniel aparece en este contexto. Su autor es un judío fiel a la cultura y los valores religiosos de sus antepasados, interesado en defender su religión, comprometido en mostrar a sus conciudadanos que la lealtad a los valores tradicionales sería recompensada por Yahvé con la victoria sobre los enemigos. Al contar la historia de un tal Daniel, un judío exiliado en Babilonia, que supo mantener su fe en un ambiente

adverso de persecución, el autor del Libro de Daniel pide a sus conciudadanos que no se dejen vencer por la persecución y que permanezcan fieles a la persecución, religión y los valores de tus padres. En este Libro, el autor les asegura que Dios está del lado de su Pueblo y que recompensará su fidelidad a la Ley y los mandamientos.

El texto es parte de la segunda parte del Libro de Daniel (Dan 7,1-12.13). Allí el autor, utilizando la "figura" de la "visión", nos presenta una lectura profética de la historia, cuyo propósito es transmitir esperanza a los creyentes perseguidos por su fe y sus valores tradicionales.

En la primera de las "visiones" propuestas (Dan 7: 1-28), el autor del libro presenta "cuatro grandes bestias" (la primera "era como un león"; la segunda "como un oso"; la tercera "como una pantera"; el cuarto era "espantoso, aterrador y de fuerza excepcional" y "tenía diez cuernos", aunque más tarde nació otro "cuerno más pequeño" que "tenía ojos de hombre y una boca que pronunciaba palabras arrogantes" - Dan 7,4-8). Estos "cuatro animales" evocan la sucesión de imperios humanos ... El primero sería el imperio neobabilónico, el segundo representaría el imperio de los medos, el tercero se referiría al imperio persa y el cuarto sería el imperio griego de Alejandro, del cual los reyes seléucidas eran los herederos directos. Los "diez cuernos" de esta cuarta bestia se refieren a una serie de diez reyes que se sucedieron; y el undécimo cuerno, más pequeño que los demás, seguramente sería Antíoco IV Epífanes, el rey perseguidor del Pueblo de Dios.

Paralelamente al marco histórico de estos imperios, todos ellos connotados con el mal, con el imperialismo, con la opresión, con la persecución del Pueblo de Dios - el autor coloca, en otra escena, a "un anciano" con el pelo y la ropa "blancos como la nieve; sentado en un trono hecho de llamas y servido "por millares de millares", este "anciano" decretó la muerte del undécimo "cuerno" así como el fin del poder de las "cuatro bestias" (Dan 7,9 -12). Es precisamente aquí donde comienza la escena que describe el texto de nuestra primera lectura: la entronización del "Hijo del Hombre" (Dan 7,13-14).

MENSAJE

La "visión" descrita por Daniel en 7: 1 ahora se expande con la aparición de un "**hijo del hombre**". A diferencia de los "animales" presentados en los versículos anteriores (que vienen del mar - en la simbología judía, el reino del mal, el desorden, el caos, las fuerzas que se oponen a Dios y la felicidad del hombre), este "hijo del hombre" aparece "en las nubes del cielo" (v. 13) y por lo tanto tiene un origen trascendente. Viene de Dios y pertenece al mundo de Dios.

El "hijo del hombre" recibe de Dios un reino con las dimensiones del universo ("todos los pueblos y naciones le sirvieron" - v.14) y un poder que no está limitado por el tiempo, ni por la finitud que caracteriza a los reinos humanos (" Su poder es eterno, nunca pasará, y su reino no será destruido"- v.14). Con el anuncio de la aparición "sobre las nubes" de este "hijo del hombre", el autor del Libro de Daniel anuncia a los creyentes perseguidos por Antíoco IV Epífanes la llegada de un tiempo en el que Dios intervendrá en el mundo, a fin de eliminar la crueldad, la voracidad, la ferocidad, la violencia (los reinos de los "cuatro animales"), que oprimen a los hombres; por otro lado, Dios devolverá la historia a su dimensión de "humanidad", permitiendo a los hombres ser libres y vivir en paz y tranquilidad.

Para la teología judía, este "hijo del hombre" que llegará para establecer el "reino de Dios" en la tierra será el Mesías (el "ungido") de Dios. Su intervención pondrá fin a la persecución de los justos y hará posible la victoria de los santos sobre las fuerzas de opresión y muerte. Es esta esperanza la que anima los corazones de los creyentes en el tiempo justo antes de la llegada de Jesús.

Según varios textos del Nuevo Testamento, Jesús aplicará esta imagen del "hijo del hombre que viene sobre las nubes" a su propia persona. Cuando es interrogado por el sumo sacerdote Caifás, Jesús asumirá claramente que él es "el Mesías, el bendito Hijo de Dios", el "Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder Dios" que vendrá "en las nubes del cielo" (Marcos 14, 61-62). La catequesis cristiana primitiva retomó esta imagen para subrayar la gloria de Cristo y el poder soberano de Cristo sobre la historia humana (cf. Hch 7, 55-56). Para los cristianos, Cristo es, en efecto, ese "hijo del hombre" anunciado en Dan 7, que liberará a los santos de las garras del poder opresor y establecerá el reino definitivo de felicidad y paz.

ACTUALIZACION

♦ El texto propuesto para la primera lectura sobre la solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, aparece como parte de una reflexión más amplia sobre la historia y sobre los valores sobre los que se construyen los imperios humanos. Los reinos contruidos por hombres a menudo se basan en un poder arrogante y son generadores de explotación, miseria y violencia. Es una realidad que los imperios modernos perpetúan y que, hoy como ayer, marca la historia de la humanidad. ¿Está la humanidad, desesperadamente, condenada a vivir bajo el dominio de la injusticia y la opresión? ¿Alguna vez nos liberaremos de este ciclo de muerte? ¿Dios mira, indiferente y con los brazos cruzados, esta dinámica de violencia y violación de los derechos más básicos de los pueblos y naciones? El autor "profeta" del Libro de Daniel cree que el reino del mal no será eterno y que Dios interviene en la historia para destruir esas fuerzas de muerte que impiden que los hombres alcancen la libertad, la paz, la vida plena. En un momento en que el imperialismo, el fundamentalismo, el colonialismo, la ceguera de los líderes de las naciones poderosas multiplican el sufrimiento de tantos hombres y mujeres, la profecía de Daniel nos invita a la esperanza y la confianza: Dios no abandona a su Pueblo en la marcha de la historia y la voluntad. Sepan derrocar todos los poderes humanos que impiden la plena realización del hombre.

♦ El anuncio de un "hijo del hombre" que vendrá "en las nubes" para establecer un reino que "no será destruido" nos lleva a Jesús. Vino al encuentro de los hombres para proponerles un nuevo orden, en el que los pobres, los débiles, los frágiles, los marginados, los que no pueden hacer oír su voz en el gran areópago internacional, ya no serán humillados y pisoteados. Jesús introdujo una nueva lógica en la historia, reemplazando la lógica del orgullo y el egoísmo por una lógica de amor, servicio, entrega. Es cierto que, más de dos mil años después del nacimiento de Jesús, este reino aún no se ha convertido en una realidad plena en nuestra historia; sin embargo, el reino propuesto por Jesús está presente en la vida del mundo, como semilla para crecer o como levadura para leudar la masa. A nosotros, discípulos de Jesús, nos corresponde hacer de este reino una realidad cada vez más viva, muy presente, que funciona bien en nuestro mundo.

Salmo 92

R. Señor, tú eres nuestro rey.

Tú eres, Señor, el rey de todos los reyes.

Estás revestido de poder y majestad. R.

R. Señor, tú eres nuestro rey.

Tú mantienes el orbe y no vacila.

Eres eterno, y para siempre está firme tu trono.

R. Señor, tú eres nuestro rey.

Muy dignas de confianza son tus leyes

y desde hoy y para siempre, Señor,

la santidad adorna tu templo. R.

R. Señor, tú eres nuestro rey.

Apocalipsis 1,5-8

Hermanos míos: Gracia y paz a ustedes, de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, el soberano de los reyes de la tierra; aquel que nos amó y nos purificó de nuestros pecados con su sangre y ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Miren: él viene entre las nubes, y todos lo verán, aun aquellos que lo traspasaron. Todos los pueblos de la tierra harán duelo por su causa.

"Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, el que es, el que era y el que ha de venir, el todopoderoso". Palabra de Dios

AMBIENTE

"Apocalipsis" significa "manifestación/revelación de algo que está oculto". El "Libro del Apocalipsis" se presenta como una "revelación" acerca de "las cosas que deben suceder pronto" (Apocalipsis 1,1) y que

un tal Juan, exiliado en la isla de Patmos (una pequeña isla en el mar Egeo) debido a su fe, su misión es comunicar a sus hermanos en la fe.

Estamos en la fase final del reinado del emperador Domiciano (alrededor del año 95). Las comunidades cristianas de Asia Menor viven una grave crisis interna, resultado de herejías, falta de entusiasmo, tibieza, indiferencia, miedo a dar testimonio de la propia fe. Por otro lado, también hay una crisis que se deriva de causas externas, sobre todo de la violenta persecución que el emperador ordenó contra los cristianos: muchos seguidores de Jesús fueron condenados y asesinados y otros, por miedo, abandonaron el Evangelio y se fueron al lado del imperio. En la comunidad se decía: “*Jesús es el Señor*”; pero ahí fuera, quien estaba realmente a cargo, como señor todopoderoso, era el Emperador de Roma.

Es en este contexto de crisis, persecución, miedo y martirio donde se escribe el Apocalipsis. El objetivo del autor es llevar a los creyentes a revitalizar su compromiso con Jesús y no perder la esperanza. En este sentido, el autor del libro comienza con una invitación a la conversión (primera parte - Ap 1-3); Luego procede a presentar una lectura profética de la historia humana, que da cuenta de la victoria final de Dios y de sus creyentes sobre las fuerzas del mal (segunda parte - Apocalipsis 4-22). Estos contenidos se presentan utilizando el símbolo sistemático (como es típico de la literatura apocalíptica), lo que hace que este libro sea extraño y difícil, pero, al mismo tiempo, muy hermoso y desafiante.

El texto de la segunda lectura de hoy nos presenta algunos de los primeros versículos del Libro de Apocalipsis. Es una especie de introducción litúrgica, que presenta el diálogo litúrgico entre un lector y la comunidad cristiana reunida para escuchar un anuncio. En este diálogo, se invita a la comunidad a aceptar a Cristo como centro de la historia humana, razón de ser de la comunidad, coordenada fundamental en torno a la cual se estructura y organiza toda la vida cristiana.

MENSAJE

El **lector** inicia presentando a Jesús a la comunidad reunida para celebra a su Señor, recurriendo a tres títulos cristológicos (v. 5ª) que hacían parte de la catequesis de la comunidad joanea: testigo fiel, primogénito de los muertos y soberano de los reyes de la tierra. Jesús es el "testigo fiel" porque, con su vida, con sus palabras, con sus gestos de servicio, amor y donación, con su entrega a la muerte, atestiguó, de manera perfecta, lo que Dios quiso revelar a los hombres y les mostró el rostro del amor de Dios. Jesús es el “primogénito de los muertos”, porque fue el primero en vencer la muerte y el pecado y nos mostró, con esa victoria, que quien vive en los caminos de Dios no será derrotado por la muerte, sino que está destinado a la vida eterna. Jesús es el “príncipe de los reyes de la tierra”, porque inauguró una nueva forma de ser y un nuevo reino, de vida y felicidad sin fin.

Después de escuchar este anuncio, la comunidad reconocida alaba a su Señor: “*Al que nos ama y por su sangre nos ha librado del pecado y nos ha hecho reino de sacerdotes para Dios su Padre, a Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*” (v. 5b-6). Los miembros de la comunidad cristiana son conscientes de que la entrega de Jesús en la cruz es expresión del amor inconmensurable con el que ama a todos los hombres ... Porque ama, Jesús ha liberado a los hombres del egoísmo y del pecado; porque ama, Jesús invitó a los hombres a unirse a un nuevo reino de amor y paz; porque ama, Jesús asoció a los hombres con su misión, haciéndolos sacerdotes que ofrecen a Dios el culto de su propia vida. Jesús introdujo a los hombres a una dinámica de vida nueva, los acercó a Dios, los invitó a unirse a la familia de Dios. La comunidad cristiana, consciente de esta realidad, expresa su gratitud en el culto.

La "liturgia" continúa con el **lector** recordando a la comunidad reunida que Jesús vendrá al encuentro de los suyos, lleno de poder y majestad, para inaugurar una nueva era de vida y paz sin fin ("*entre las nubes*" – v.7. La imagen está tomada del Antiguo Testamento y está asociada con las manifestaciones de Dios en el Libro de Daniel - cf. 7,13 - el "*hijo del hombre*" que aparece en las nubes está asociado con la victoria de Dios sobre los reinos y poderes del mundo). De esta manera, se recuerda a los creyentes que la última palabra nunca es de los malvados y perseguidores, sino de Dios. Por otro lado, todos los hombres podrán ver el corazón traspasado de Cristo (v. 7a.b) y se darán cuenta de cuánto ama a los hombres. La victoria de Cristo se materializará a través de su amor, donado a todos los hombres, sin excepción.

La comunidad expresa su adhesión a Cristo ya las verdades proclamadas respondiendo: “sí. Amén” (v.7c).

El **lector** concluye su presentación de Jesús definiéndolo como el principio y el final de todas las cosas (el "**alfa**" y la "**omega**", la primera y última letra del alfabeto griego), Aquel que es el Señor de la Historia y que abraza la totalidad del tiempo ("*El que es, que era y que ha de venir*"- v. 8). Los cristianos que participan en esta "liturgia" se dan cuenta así de que pueden confiar incondicionalmente en este Jesús que es la referencia fundamental de la historia humana; y también se dan cuenta de que están invitados a hacer de Jesús el centro de sus vidas.

ACTUALIZACION

♦ La figura de Jesús propuesta a la comunidad por el autor de nuestro texto es la figura del Señor del Tiempo y de la Historia, principio y fin de todas las cosas; es la figura del "príncipe de los reyes de la tierra", que vendrá "a través de las nubes" lleno de poder, gloria y majestad para establecer un reino definitivo de felicidad, vida y paz. Esta imagen de Jesús exige confianza y esperanza: cualesquiera que sean los giros y vueltas de la historia humana, el camino del hombre no será un camino sin salida destinado al fracaso; pero será un camino que conducirá inevitablemente a este nuevo reino de vida y paz sin fin que Jesús vino a anunciar y proponer.

♦ La acción de Jesús como Señor de la Historia no se materializará, sin embargo, en una lógica de poder, autoridad, fuerza, a imagen de los reyes de la tierra. En su catequesis, el autor del Apocalipsis enfatiza el amor de Jesús, manifestado en el don de la vida para liberar a las personas del egoísmo y del pecado, para insertarlas en una dinámica de vida nueva, para integrarlas en la familia de Dios. Jesús, nuestro rey, es un rey que ama a los suyos con un amor ilimitado y que, por amor, ofreció su vida por la libertad y la plena realización del hombre. En este día en que celebramos la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, estamos invitados (con las comunidades a las que estaba destinado el Libro del Apocalipsis) a dar gracias por el amor de Jesús que nos liberó del egoísmo y la muerte; y también se nos invita a tener la misma actitud de Jesús, reemplazando los esquemas del egoísmo, el poder y la soberbia, por el amor que hace la donación y el servicio a los hombres.

♦ En la presentación hecha por el autor del Apocalipsis, los creyentes son invitados a ver a Jesús como el centro de la historia y a hacer de Él la coordenada fundamental en la que se construye la existencia humana y cristiana. ¿Es Jesús realmente el centro de la historia humana? ¿Qué impacto tiene su propuesta en la construcción de nuestro mundo? ¿Está Jesús realmente en el centro de nuestras comunidades cristianas? ¿Es el referente fundamental para los creyentes? ¿Sus valores, sus enseñanzas condicionan la vida de los creyentes, su forma de ver el mundo, los compromisos que asumen con otros hombres?

Jn 18,33-37

En aquel tiempo, preguntó Pilato a Jesús: "¿Eres tú el rey de los judíos?" Jesús le contestó: "¿Eso lo preguntas por tu cuenta o te lo han dicho otros?" Pilato le respondió: "¿Acaso soy yo judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué es lo que has hecho?" Jesús le contestó: "Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores habrían luchado para que no cayera yo en manos de los judíos. Pero mi Reino no es de aquí".

Pilato le dijo: "¿Conque tú eres rey?" Jesús le contestó: "Tú lo has dicho. Soy rey. Yo nací y vine al mundo para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz". **Palabra del Señor.**

AMBIENTE

El Evangelio nos presenta una escena del juicio de Jesús ante Poncio Pilato, el gobernador romano de Judea. Antes Jesús ya se había encontrado cara a cara con los líderes judíos, es decir, con Anás (suegro de Caifás, el sumo sacerdote; Anás, a pesar de haber dejado el oficio de sumo sacerdote, seguía siendo un personaje muy influyente y probablemente era el que lideró el caso contra Jesús - ver Jn 18: 12-14.19-24). Poncio Pilato, interlocutor romano de Jesús, gobernó Judea y Samaria entre los años 26 y 36. Las informaciones de Flavio Josefo y de Filón lo presentan como un gobernador duro, y violento, obstinado y áspero, culpado de ordenar la ejecución de opositores sin un proceso. Las quejas de crueldad excesiva

presentadas contra él por los samaritanos en el año 35 llevaron a Vitelio, el legado romano en Siria, a tomar cartas en el asunto y enviarlo a Roma para dar explicaciones al emperador. Poncio Pilato fue depuesto de su cargo como gobernador de Judea poco después.

Curiosamente, el autor del Cuarto Evangelio describe a Poncio Pilato como un hombre débil, indeciso y voluble, una especie de marioneta hábilmente maniobrada por líderes judíos. Esta presentación, que contradice los datos que dejaron los historiadores de la época, no debería tener grandes bases históricas: sólo debería ser un intento de librar a los romanos de cualquier culpa en el proceso de Jesús. En el momento en que escribe el autor del Cuarto Evangelio (alrededor del año 100 d.C.), no era conveniente para los cristianos acusar a Roma de afirmar su responsabilidad en el proceso que condujo a la muerte de Jesús. Así, los escritores cristianos de la época prefirieron eximir el papel del poder imperial y, por otro lado, echar toda la culpa de la condenación de Jesús a las autoridades judías.

MENSAJE

El interrogatorio de Jesús comienza con una pregunta directa, planteada por Poncio Pilato (v. 33b): "¿Eres tú el Rey de los judíos?" Este inicio de interrogatorio revela cuál fue la acusación que las autoridades judías hicieron contra Jesús: él tenía pretensiones mesiánicas; destinado a restaurar el reino ideal de David y liberar a Israel de los opresores. Esta línea de acusación ve a Jesús como un agitador político empeñado en cambiar el mundo por la fuerza, que basa sus pretensiones y acciones en el poder de las armas y la autoridad de los ejércitos. ¿Está bien fundada esta acusación? ¿Jesús la acepta?

La respuesta de Jesús pone las cosas en perspectiva. Acepta ser el mesías que Israel esperaba y confirma claramente su calidad de rey; sin embargo, descarta cualquier parecido con esos reyes que Poncio Pilato conoce (v. 36). Los reyes de este mundo confían en la fuerza de las armas e imponen su dominio y autoridad sobre otros hombres; su realeza se basa en la soberbia y la ambición y genera opresión, injusticia y sufrimiento... Jesús, en cambio, es un prisionero indefenso, traicionado por sus amigos, ridiculizado por los líderes judíos, abandonado por el pueblo; no se impone por la fuerza, sino que ha venido al encuentro de los hombres para servirlos; no cultiva sus propios intereses, sino que obedece en todo la voluntad de Dios su Padre; no le interesa hacer valer su poder, sino amar a los hombres hasta dar la vida... Su realeza es de otro orden, en el orden de Dios. Es una realeza que toca los corazones y que, en lugar de producir opresión y muerte, produce vida y libertad. Jesús es rey y mesías, pero no impondrá su reinado a nadie; sólo ofrecerá a los hombres un mundo nuevo, basado en una lógica de amor, donación, entrega, servicio.

La declaración de Jesús es extraña para Poncio Pilato. Este no puede entender que un rey renuncia al poder y a la fuerza, y cimenta su realeza en el amor y en la entrega de su propia vida. La expresión puesta en boca de Poncio Pilato "entonces tú eres Rey" (v. 37a) parece una "señal" de alguien a quien las declaraciones de su interlocutor no son claras y que mantiene la puerta abierta para más explicaciones... Jesús confirma su realeza y define el significado y contenido de su reinado.

La realeza de la cual Jesús se considera investida por Dios consiste en «dar testimonio de la verdad » (v. 37b). Para el autor del Cuarto Evangelio, la "verdad" es la realidad de Dios. Esta "verdad" se manifiesta en los gestos de Jesús, en sus palabras, en sus actitudes y, de manera especial, en su amor vivido hasta el extremo del don de la vida. La "verdad" (es decir, la realidad de Dios) es el amor incondicional e inconmensurable que Dios otorga al hombre para llevarlo a la vida verdadera y definitiva. Esta "verdad" se opone a la "mentira", que es el egoísmo, el pecado, la opresión, la injusticia, todo lo que deshace la vida del hombre y le impide alcanzar la vida plena. La "realeza" de Jesús se materializa, por un lado, en la lucha contra el egoísmo y el pecado que esclavizan al hombre y le impiden ser libre y feliz; por otro lado, la realeza de Jesús se consuma en la proposición de una vida hecha amor y entrega a Dios y a los hermanos. Este objetivo no se logra a través de una lógica de poder y fuerza (que solo multiplica las cadenas de la mentira, la injusticia y la violencia); pero se logra a través del amor, el compartir, el servicio sencillo y humilde a favor de los hermanos. Es este "reino" el que vino a proponer Jesús; es este "reino" que Él preside.

La propuesta de Jesús provoca una respuesta libre del hombre. Quien escucha la voz de Jesús se adhiere a su plan y se compromete a seguirlo, renuncia al egoísmo y al pecado y hace de su vida un don de amor a

Dios y a sus hermanos y hermanas (v.37c). Luego pasa a formar parte de la comunidad del “Reino de Dios”.

Jesús, el Rey atado y entregado

Un verbo gramatical emerge con fuerza de estas líneas rebotando ya desde los primeros versículos del relato de la Pasión: el verbo **entregar**, pronunciado aquí primeramente por Pilato y después por Jesús. La “entrega del Cristo” es una realidad teológica, pero al mismo tiempo vital, de extrema importancia, porque nos conduce a lo largo de un camino de sabiduría y amaestramiento muy fuerte. Puede ser útil recorrerlo de nuevo, buscándolo en los signos a través de las páginas de la Escritura. Ante todo, parece que es el mismo Padre quien entrega a su Hijo Jesús, como un don para todos y para siempre. Leo en Rom. 8, 32: “*Dios, que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas?*” Al mismo tiempo, sin embargo, veo que es Jesús mismo, en la suprema libertad de su amor, en la más íntima fusión con la voluntad del Padre, quien se entrega por nosotros, quien ofrece su vida; dice San Pablo: “*Cristo nos ha amado y se ha entregado a sí mismo por nosotros*”. (Ef 5, 2. 25), pero me acuerdo también de estas palabras de Jesús: “*Yo ofrezco mi vida por las ovejas; ninguno me la quita, sino que yo la ofrezco por mí mismo*” (Jn 10,18). Por tanto, más allá y antes de toda otra entrega, está esta entrega voluntaria, que es solamente entrega de amor y de donación.

En los relatos evangélicos aparece enseguida la entrega malvada por parte de Judas, llamado por esto el traidor, o sea, el entregador, el que dice a los sumos sacerdotes: “*¿Cuánto quieren darme para que se los entregue?*” (Mt 26, 15); ver también Jn 12, 4; 18, 2.5. Después son los judíos los que entregan Jesús a Pilato: “*Si no fuese un malhechor no te lo habiéramos entregado*” (Jn 18, 30. 35) y Pilato representa a los gentiles, como Él había ya anunciado: “*El Hijo del Hombre.... será entregado a los paganos*” (Mc 10, 33). Finalmente, Pilato lo entrega de nuevo a los judíos, para que sea crucificado (Jn 19, 16). Contemplo todos estos pasajes, observo a mi rey atado, encadenado, como nos hace notar el evangelista Juan tanto en 18, 12 como en 18, 24; me pongo de rodillas, me postro delante de Él y pido al Señor que me sea dado el valor de seguir estos pasajes dramáticos, pero maravillosos, que son como un único canto de amor de Jesús para nosotros, su Sí repetido hasta el infinito para nuestra salvación.

El Evangelio me acompaña dulcemente dentro de esta noche única, en la cual Jesús es entregado por mí, como Pan, como Vida hecha carne, como amor compartido en todo. “El Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó el pan y dijo: “*Esto es mi cuerpo, que se da por ustedes*” (1 Cor 11, 23). Y entonces comprendo que para mí la felicidad, está escondida también dentro de estas cadenas, estas ataduras, con Jesús, con el gran Rey y está escondida en estos continuos pasajes, de entrega en entrega, a la voluntad al amor de mi Padre.

Jesús, el Rey Mesías

El diálogo de Jesús con Pilato: sobre este interrogatorio tan misterioso y extraño es particularmente conocido que primero Pilato llama a Jesús “**el rey de los judíos**” y después sólo “rey”, como si fuese un camino, una comprensión cada vez más plena y verdadera de Jesús. “*Rey de los Judíos*” es una fórmula usada con gran riqueza de significado por el pueblo hebreo y reúne en sí el fundamento, el núcleo de la fe y de la esperanza de Israel.: significa claramente el Mesías. Jesús es interrogado y juzgado en lo que mira a si es o no es el Mesías.

Jesús es el Mesías del Señor, su Ungido, su Consagrado, es el Siervo, enviado al mundo precisamente para esto, para realizar en Sí en su persona y en su vida, todas las palabras dichas por los profetas por la ley y por los salmos de Él. Palabras de persecución, de sufrimiento, de llanto, heridas y sangre, palabras de muerte por Jesús, por el Ungido del Señor, que es nuestro respiro, aquél a la sombra del cual viviremos entre las naciones, como dice el Profeta Jeremías (Lam 4, 20). Palabras que hablan de asechanzas, de insurrecciones, conjuras, (Sal 2,2), lazos. Lo vemos desfigurado, como varón de dolores; tan irreconocible, si no es sólo por parte de aquel amor, que como Él, bien conoce el padecer. “*¡Sepa pues con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a Jesús a quien ustedes han crucificado!*” (Ac 2, 36). Sí, es un rey atado, el mío, un rey entregado, arrojado fuera, despreciado; es un rey ungido para la batalla, pero ungido para perder, para ser sacrificado, para ser crucificado, inmolado

como un cordero. Este es el Mesías: el rey que tiene como trono la cruz, como púrpura su sangre derramada, como palacio el corazón de los hombres, pobres como Él, pero hechos ricos y consolados por una continua resurrección. Estos son nuestros tiempos, los tiempos de la consolación por parte del Señor, en los cuales Él envía incesantemente al Señor Jesús, al que nos ha destinado como Mesías.

Jesús Rey mártir

“He venido para dar testimonio de la verdad”, dice Jesús, usando un término muy fuerte, que contiene en sí el significado de martirio, en griego. El testigo es un mártir, el que afirma con la vida, con la sangre, con todo lo que es y lo que tiene, la verdad en la cree. Jesús atestigua la verdad, que es la palabra del Padre (Jn 17,17) y por esta palabra Él da la vida. Vida por vida, palabra por palabra, amor por amor. Jesús es el Amén, el Testigo fiel y veraz, el Principio de la creación de Dios (Ap 3,14); en Él existe sólo el Sí, por siempre y desde siempre y en este Sí, nos ofrece toda la verdad del Padre, de sí mismo, del Espíritu y en esta verdad, en esta luz, Él hace de nosotros su reino. *“Cuantos confían en Él, conocerán la verdad; y aquellos que le son fieles a su amor vivirán junto a Él”* (Sab 3, 18). No busco otras palabras, sino que permanezco solamente junto al Señor, sobre su seno, como Juan, en aquella noche; así Él se convierte en mi respiro, mi mirada, mi sí, dicho al Padre, dicho a los hermanos, como testimonio de amor. Él es fiel, Él está presente, Él es la verdad que yo escucho y de la cual me dejo sólo transformar.

ACTUALIZACION

♦ Las declaraciones de Jesús ante Poncio Pilato no dejan lugar a dudas: Él es “rey” y recibió de Dios, como dice la primera lectura, el “poder, el honor y la realeza” sobre todos los pueblos de la tierra. Al celebrar la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, estamos invitados, sobre todo, a descubrir e interiorizar esta realidad: Jesús, nuestro Rey, es el principio y el fin de la historia humana, está presente en cada paso en el caminar de los hombres y lleva a la humanidad hacia la verdadera vida. El comienzo del siglo. XXI están marcados por una profunda crisis de liderazgo global. Los grandes líderes de las naciones son a menudo hombres con una visión muy limitada del mundo, que no se preocupan por el bien de la humanidad y que conducen sus políticas de acuerdo con lógicas de ambición personal o intereses privados. Nos sentimos, a veces, perdidos e impotentes, arrastrados a un callejón sin salida por líderes mediocres, arrogantes e incapaces ... Esta observación, sin embargo, no debe desanimarnos: sabemos que Cristo es nuestro Rey, que Él preside la historia y, a pesar de los fracasos humanos, continúa caminando con nosotros y mostrándonos los caminos de la salvación y la vida.

♦ Sin embargo, la realeza de Jesús no tiene nada que ver con la lógica de la realeza a la que el mundo está acostumbrado. Jesús, nuestro rey, se presenta a hombres sin ninguna ambición de poder o riqueza, sin el apoyo de los grupos de presión que conforman los valores y la moda, sin ningún compromiso con las multinacionales de explotación y lucro. Ante los hombres, Él está solo, indefenso, prisionero, armado solo con la fuerza del amor y la verdad. No impone nada; sólo propone a hombres y mujeres que acojan en el corazón una lógica de amor, de servicio, de obediencia a Dios y de sus proyectos, de entrega de la vida, de solidaridad con los pobres y marginados, del perdón y la tolerancia. Es con estas “armas” con las que combatirá el egoísmo, la autosuficiencia, la injusticia, la explotación, todo lo que genera sufrimiento y muerte. Es una lógica desconcertante e incomprensible, a la luz de los criterios que el mundo avala y ensalza. ¿Tiene sentido la lógica de Jesús? ¿Nacerá el mundo nuevo, de vida y felicidad plena para todos los hombres, de una lógica de fuerza e imposición, o de una lógica del amor, el servicio y el don de la vida?

♦ Nosotros, que nos adherimos a Jesús y elegimos ser parte de la comunidad del Reino de Dios, debemos dar testimonio de la lógica de Jesús. Incluso en contra de la corriente, nuestra vida, nuestras opciones, la forma en que nos relacionamos con quienes nos encontramos todos los días, debe estar marcada por una actitud continua de servicio humilde, obsequio, respeto, compartir, amor. Como Jesús, también nosotros tenemos la misión de luchar - no con la fuerza del odio y las armas, sino con la fuerza del amor - contra

toda forma de explotación, injusticia, alienación y muerte... El reconocimiento de la realeza de Cristo nos invita a colaborar en la construcción de un mundo nuevo, el Reino de Dios.

♦ La manera sencilla y sin pretensiones en que Jesús, nuestro Rey, se presenta, nos invita a repensar ciertas actitudes, ciertas formas de organización y ciertas estructuras que hemos creado ... La comunidad de Jesús (la Iglesia) no puede estructurarse y organizarse con el mismo criterio que los reinos de la tierra... Debería estar más interesado en dar un testimonio de amor y solidaridad con los pobres y marginados que en controlar a las autoridades políticas y los jefes de las naciones; debe preocuparse más por el servicio sencillo y humilde a los hombres que por los títulos, honores, privilegios; debe apostar más por el compartir y el don de la vida que por la posesión de bienes materiales o por la eficiencia de las estructuras. Si la Iglesia no da testimonio, entre los hombres, de la lógica de la realeza que Jesús presentó ante Poncio Pilato, es seriamente infiel a su misión.